

**L** El breve ensayo que don Luis Chávez Orozco —educador, político e historiador— dedicó en 1932 a Joel R. Poinsett, primer representante diplomático estadounidense en México,<sup>1</sup> refleja nítidamente la situación de la historiografía mexicana hacia el tercer y cuarto decenios del siglo xx, así como el debate político-ideológico entonces imperante. Si bien no menciona la palabra marxismo, perspectiva teórico-metodológica a la que abiertamente se adheriría poco después,<sup>2</sup> Chávez Orozco condena las interpretaciones históricas de naturaleza “romántica”, basadas exclusivamente en los designios de “los individuos”, y aboga por un análisis menos simple y más profundo, para así poder interpretar los fenómenos sociales. Recuérdese que, paralelamente, Antonio Caso y Vicente Lombardo Toledano polemizaron por esas fechas respecto a la viabilidad del marxismo, y que en 1933 se entronizó en el país la educación socialista. El texto de Chávez Orozco es, indudablemente, un fiel reflejo del espíritu de su época. Recuérdese también que poco después aparecería, aparejada con el gobierno cardenista, una historiografía marxista representada por José Mancisidor, Rafael Ramos Pedrueza, y Alfonso Teja Zabre, además del propio Chávez Orozco.

En términos historiográficos, la disciplina había estado dominada en México por intelectuales conservadores, la mayoría de ellos católicos y pertenecientes a las elites del Antiguo Régimen. La irrupción de colegas como Chávez Orozco, producto del proceso revolucionario, tuvo que provocar reparos y polémicas. Igual que en términos políticos, durante el Porfiriato se había llegado a una conciliación historiográfica. La historia científica, en tanto documentalista, o la historia positivista o evolucionista, habían desplazado a las historiografías católica o liberal, tan enfrentadas años antes, y ambas anticientíficas. La Revolución mexicana y la Guerra Cristera acabaron con el consenso y reactivaron las polémicas historiográficas. Chávez Orozco es un claro ejemplo de ello. Este es el segundo factor que define el contexto en el que se le debe ubicar. Chávez Orozco se adhiere a los historiadores liberales y acusa a los conservadores —católicos y/o hispanistas— de sobreestimar la influencia de Poinsett, de crearle una “leyenda” al que, por razones políticas o religiosas, consideran el responsable del “desorden” posindependentista. La prueba de que Poinsett fue una invención posterior radica, según Chávez Orozco, en que sus coetáneos nunca le atribuyeron tal importancia; es más, ni Mora ni Alamán mencionan siquiera su nombre.

En efecto, la obra de Poinsett sólo sería conocida en México pocos años después, cuando en 1935 Francisco Javier Gaxiola hizo una edición incompleta de la obra de Poinsett, para la editorial Cultura, y cuando la tradujo don Pablo Martínez del Río, para la editorial Jus, hacia 1950; sobre todo, la figura de Poinsett se sobredimensionaría, a pesar de las atinadas observaciones de Chávez Orozco, con la biografía que le hiciera don José Fuentes Mares, titulada, significativamente, *Poinsett, historia de una gran intriga*. Su imagen ha cambiado poco desde entonces, y por lo visto el reclamo de Chávez Orozco sigue vigente; de ahí la conveniencia de su exhumación por parte de la revista *Universidad de México*.

Javier Garciadiego Dantán\*

\* Doctor en Historia. Director General del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana

1 Lo reeditó siete años después, en un libro titulado *Ensayos de crítica histórica*.

2 Algunos títulos emblemáticos serían *La prehistoria del socialismo en México*, de 1936, y *la Historia económica y social de México. Ensayo de interpretación*, de 1938.